

# Entre el himno y la elegía

**M**e estáis diciendo  
que os hable de La Mancha,  
que diga una canción, para vosotros,  
de esta tierra de espejo y de ceniza.

Me estáis pidiendo  
que me abra en canal el sentimiento  
y os diga la verdad, que es lo que vale,  
de estos pueblos de Dios  
puestos al alba  
de sus propias razones,  
de estas gentes –sin grito– que se ganan  
el pan gris y los sueños  
bajo el sol sin doblez del sacrificio.

Os digo  
que no es fácil ponerle  
estatura y color a las palabras,  
ni hacer un cauce fiel o mil canales  
para que tenga rutas  
el agua del amor que las reclama.

No es tan fácil darle clara voz  
–alas cabaless–  
al pensamiento,  
si el himno o la elegía  
reclaman su razón en el poema.

Porque he nacido aquí,  
porque esta tierra es mía  
en el amor;  
porque hay cosas de ella  
–de ahora y desde siempre–  
que me llenan de orgullo, que me oponen  
palomas de emoción entre la sangre  
y otras, amargas, que me duelen  
como una llaga terca  
y me empapan de acibar los suspiros,  
os digo todo esto.

No miente –¡estad seguros!–, el que  
[dice  
que aquí, en La Mancha, tiene alzado  
su nido y templo la hidalguía,  
que estos pueblos nacieron para el rito  
de tener la nobleza por aliento,  
que estas llanuras

–terrazas de los soles y los hielos–  
fueron hechas un día  
para dar fiel señal de que el asombro  
comienza y se hace inmenso en lo sencillo.

Está alabando a Dios  
por los cuatro costados  
y avienta mil razones el que os dice  
que el hombre de La Mancha,  
el campesino,  
“el que besa la tierra que le duele”,  
es sufrido y tenaz contra el destino  
de enderezar su suerte cada día,  
de sacarle certeza a lo inseguro  
y el de poner amor en cada hoyo,  
en cada golpe o paso  
que le esquilma el sudor y la esperanza.

Por eso, es necesario preguntarse:  
¿de qué soplo de amor, de qué entereza  
hicieron los metales,  
del alma y de los pulsos,  
a estos hombres que aguantan,  
sin doblegarse,  
los duros golpes del martillo  
del desaliento?

¿Cómo es posible –decidme–  
que a un hombre  
le nazca una canción dentro de un pozo,  
o que éste forme mares  
tan sólo con la sed que está venciendo?

Y, ¿no es casi increíble  
que quien está atado a la amargura  
de comenzar una y mil veces  
tenga aún alientos  
para abrir su ilusión cada mañana  
e irse a su tarea  
llevando  
una alondra de fe entre sus manos?

Sí, es cierto, siguen aquí  
Don Quijote y Sancho,  
que han mezclado sus sangres y sus  
[ansias,

que juntos sueñan y se afanan,  
y juntos miran  
los duros horizontes de sus vidas  
con ojos encendidos y labriegos.

Pero hay cosas –ya os lo decía–  
que me inquietan y duelen  
y le ponen tristeza a mi poema:

Me duele que a La Mancha  
–la de la herencia campesina,  
la del amor sin bordes ni hojarascas,  
la que da limpiamente lo que tiene–  
no se le pague con su misma moneda.

Me duele el tópico que aguanta  
y esas caras cadenas  
de su complejo de inferioridad.

Me duele que se ponga  
de espejo y no de nudo  
su cal de cenicienta.

Me duele que su justa fama,  
su paz y su hidalguía  
lleven por compañeros,  
en el elogio,  
la soledad que masca,  
el callado sufrir, el ir tirando,  
su resignada soga,  
su meterse la pena en el bolsillo,  
su estaca al desamparo.

Por eso  
–con gozo y con tristeza al mismo tiempo–,  
vengo a deciros:  
a La Mancha le sobran ya canciones  
con música gastada y sin abrazo.

No pido otra moneda que la suya.

Para mi tierra quiero  
tan sólo la verdad que ella se gana  
y que amanezca el día  
del precio verdadero.

VICENTE CANO  
(Ciudad Real)